

# Buena Televisión

Por Beatriz REYES NEVARES

En el canal 13 de televisión se transmite un programa que no vacilo en recomendar. Se titula "Homenaje" y es producido por María García Ramírez. Entre los varios programas de esta serie que llevo vistos descuello el dedicado a Ricardo Martínez. Modelo de presentación, ante el público, de un gran artista como éste, cuya obra, por una especie de timidez de él —¿o será modestia, o acaso soberbia?— no se ha hecho popular hasta la fecha. No es popular en el sentido de que, si usted menciona a Ricardo Martínez a personas comunes y corrientes, de las que integran, precisamente, esa entidad abstracta que llamamos "el público", lo más probable es que sólo unos pocos estarán enterados de quién es. Y sin embargo, los cuadros de este pintor vienen, de modo inconfundible, de las más puras fuentes de nuestro arte, lo mismo que de una sabiduría y un "instinto" que han conducido a su creador a emparentarse con algunos de los más nobles maestros de todos los países y de todas las épocas.

Pues bien, decía yo que este programa es muy digno de que se le busque en los receptores y de que los aficionados a ver televisión le dediquen su interés. Es un programa educativo en el mejor sentido de esta palabra. Y no puede decirse que aburra a nadie. Nos ensancha las ideas, los conocimientos, y al mismo tiempo nos divierte. Por lo común se dice que la televisión estatal está condenada al fracaso porque ignora las técnicas mediante las cuales la gente pasa el rato y no se mete en complicaciones. Se sigue diciendo que las grandes mayorías no entienden los mensajes más o menos elevados; que hay que hablarles en necio, como indicaba Lope, pero tomando este vocablo —necio— en su acepción de vulgar y no de espontáneo y popular. Se afirman, en fin, muchas cosas que no tienen otro objeto que el de justificar una larga indolencia. O a lo mejor pretenden algo más grave: convalidar una política de depauperación mental y ponernos a todos, indefensos, en las manos de traficantes

de mercaderías y hasta de ideas.

Flaco elogio se hace de nuestra gente cuando se le juzga con tan modestas posibilidades. Se le calumnia, porque nuestro pueblo posee un talento innegable para muchas cosas, no obstante que la desnutrición le mengua sus facultades y que otras circunstancias —la pobreza, los hacinamientos— le enturbian el carácter y le hacen ver negro lo más blanco. Yo creo que deberíamos hacer tabla rasa de lo que se afirma todos los días en torno a la televisión y de lo que se transmite; de lo que hemos visto, de lo que seguimos viendo en forma cotidiana. Creo que deberíamos plantarnos ante la televisión como si fuera un invento recién adquirido, y ponernos a pensar en el uso más conveniente. ¿Para qué puede servir este sistema portentoso, por cuya virtud llegan a miles de kilómetros de su lugar de emisión imágenes y sonidos? Imagine, lector, que nos hallamos ante esta perplejidad; que la "caja idiota" todavía no es idiota. Que está lista a funcionar, pero nadie ha oprimido el botón para encenderla; que no hay productores, ni locutores, ni argumentistas, ni agentes, ni informadores, ni ninguno de estos personajes. Que la televisión es una novedad perfecta. ¿Qué destino podríamos darle?

Me parece que la respuesta sería inequívoca y que muy pocos, con honradez, diferirían de ella: vamos a emplear este invento para educar a las masas —diríamos—; para hacer de nuestra sociedad un organismo más armónico; para dar a entender las grandes cuestiones que preocupan o deben preocupar a la República... ¿No es verdad que así opinaríamos, casi sin discrepancia? Y si alguien replicara que nuestra idea no es viable, sólo nos bastaría esgrimir programas como "Homenaje". Televisión bien hecha, con frescura, con amor, con pasión, con limpieza. Sin vedetismos de nadie, y con el único fin de servir. De servir a m a b l e m e n t e, divirtiendo, sin olvidar, de ningún modo, la gran función de la palabra y de la imagen, que no es, evidentemente, amodorrar, sino todo lo contrario.